

## HORTENSIA NO VENDRA

1

**L**A mujer estaba esperando la llegada de Hortensia, pero sin muchas esperanzas de que volviese. Cada día se ponía más difícil el disponer de una mujer que fuera a ayudarle en el trabajo de la casa. Cuando ella era una niña todo resultaba mucho más fácil. Precisamente entonces, cuando ella tenía más vitalidad. Ahora que había ido envejeciendo las cosas se ponían cada día más difíciles. Como estaba sola, como vivía sola, estos comentarios de primera hora no podía decírselos a nadie. Luego, más tarde, a la hora de salir a la compra al supermercado hablaría con la vecina del primer piso que había tenido mucho dinero, pero que los alquileres de viejas viviendas habían dejado en la calle.

—No saco ni para pagar la contribución.

Unos días atrás había llegado la primavera, y la pobre mujer ni siquiera contaba con ella. Las cosas iban cambiando, y la mujer, como tantas otras personas no estaban preparadas para el cambio. Resultaba patética aquella defensa de unos bienes que no eran precisamente bienes, porque las casas tenían alquileres muy bajos y nadie quería comprarlas. Y, sin embargo, no era de esas personas que porque no les va bien están siempre augurando males para todos. Eso sí, no quería ceder en su índole de propietaria, y defendía su título con una pasión que no se podía sospechar en ella.

Ya estaba la mañana muy avanzada cuando la vecina bajó la escalera hacia la calle; la del primero, al oírla bajar tomó su chivata y abrió la puerta de su casa para salirle al encuentro.



—Buenos días, vecina.

—Buenos días.

—¿Cómo se encuentra?

—Está terminando el plazo voluntario de la contribución. No sé como voy a salir de este trimestre.

—Pues Hortensia no vino ayer, ni tampoco ha venido hoy. Ya ve usted, nadie quiere trabajar, por muy bien que se pague. ¡Qué tiempo nos ha tocado vivir!

—Sí, ha sido una verdadera desgracia.

—¡Parecía tan callada, tan atenta! Me fue simpática, y después de limpiar el primer día le regalé alguna ropa mía que tenía desechada.

—¿Y qué le daba usted?

—Quince pesetas la hora, y trabajaba dos horas.

—Yo no puedo, no puedo, y bien que lo siento.

—Pero ¿usted tiene casas?

—Por eso.

—Véndalas, o las regala. Con lo que le ha quedado de su marido mensualmente viviría usted mejor. Claro que, entonces, no sería usted propietaria, aunque le iría mucho mejor.

—Me dejó las casas mi madre, y tengo que defenderlas. Sería muy cómodo dejarlas...

—Bueno, bueno. Ya comprenderá usted por qué se lo digo. No me meto nada en el bolsillo con esto.

No tardaron en regresar del supermercado. Subieron la escalera, y ambas entraron en el piso primero. La inquilina del piso fue la que invitó a su amiga a una taza de café.

—Que no esté muy cargado.

—Es de puchero.

Mientras bebían el café, la dueña de la casa hablaba de los recibos de alquiler, de lo que significaba el firmarlos, de cómo hablaba con sus inquilinos del estado de las viviendas, de las escaleras, de los desconchados de las paredes. Sabía todo lo que pudiera referirse a cualquiera de las casas de que era propietaria, de la puerta de la calle que encajaba mal, de las goteras de un terrado de tierra láguena, de un grifo que no cerraba bien. Costaba trabajo intervenir en sus palabras, porque la conversación quedaba fuera, y se movía en un permanente monólogo.



—Bueno, yo me voy. Gracias por el café. Estaba muy rico, flojo como a mí me gusta.

—De pucherillo.

Salió a la escalera, pensando en el número de veces que aquel café había sido usado. Volvía hacia su soledad, hacia su pequeño aparato de radio con música y novelas, hacia sus periódicos lejanos con noticias de un tiempo que ya no le pertenecía a nadie.

## 2

Aquella mañana tampoco fue Hortensia, y sin embargo la mujer no quiso hacer la menor gestión para buscar a nadie. No la recordaba muy bien, pero le pareció simpática, ni joven ni vieja. No tenía ese gesto agrio que muchas veces responde a una pregunta, ni tampoco el ademán de la hipocresía sonriendo siempre o contando lástimas. No hablaba mucho.

Recordaba los años de su niñez cuando encontrar una sirvienta no era ningún problema, y en su casa había siempre por lo menos tres. El cuarto de las criadas, pegado a la cocina, era un lugar divertido para los niños, y en cuanto ella podía iba allí, y siempre le contaban cuentos, o historias, o cosas de sus pueblos. Bullas, Cehegín, Alcantarilla, Mula, Jumilla, Aguilas, Campos del Río. Después, al ir al colegio se le habían presentado estas poblaciones que ella conocía a través de la habitación aquella donde pasaba todo el tiempo que podía. La mayor parte procedía del campo.

Pasó el tiempo, y cada vez se hacía más difícil encontrar servicio. No habían tenido suerte en encontrar esa mujer que pone sobre todo la fidelidad a una niñez, y que era como un gran amor, un gran amor que puede marchitar un rostro, pero que permanece leal siempre. La mujer tenía desde su vida solitaria el recuerdo alerta sobre el pasado, como sobre un desfiladero donde ya no pasará nadie de veras. Pensaba en esas esquelas oídas a través de la radio, donde se da el nombre de la persona muerta, y al final el de una persona que fue fiel, su fiel, su fiel sirvienta.

Ahora apenas salía, pero hasta no hacía mucho había ido a reuniones, a visitas. De pronto se había dado cuenta de que era mejor estar sola. «Debe ser el ejercicio de la muerte» —pensaba—, y sin embargo sonreía. «La muerte es una tontería, cuando uno se muere hace mucho tiempo que está muerto».

Llegaron las fábricas de conserva, y durante la temporada era casi im-



posible encontrar a nadie que estuviese dispuesta a la limpieza. Las cocineras desaparecían. Además ella comía poco. Sentada en el pequeño mirador, con su labor de punto en las manos, la falta de Hortensia le hacía recordar otras horas. La verdad era que Hortensia era para ella un pequeño fantasma que ponía en circulación un tiempo lejano.

La memoria le iba aproximando unos años de la ciudad en que la sirvienta se hacía difícil. Le parecía recordar que había un porcentaje previsto, y que su tiempo de duración iba haciéndose cada vez menor. Entonces resultaba que, con el mismo número de sirvientas, el trasiego se hacía más rápido. ¿Qué pensaría una mujer al regresar a la casa donde antes estuvo? Porque ocurría esto muchas veces. La chica regresaba, para limpiar habitaciones, cuadros, objetos que ya limpió en otros días.

Era una vida triste, de esto tenía la seguridad más completa. Habitaban casi siempre un cuarto lejano, en el profundo intestino de la vivienda. Y en este cuarto convivían todas, con sus cofres brillantes o anticuados. Era igual que un acuartelamiento indisciplinado, repleto de ronquidos, con olores casi delirantes. Quizás si Hortensia no hubiera faltado, la mujer se hubiera quedado fuera de esta seguridad que ahora le llegaba, donde unas mujeres iban pasando sus años con una vaga desesperanza en el corazón.

Las ayudantes eran el grupo que la mujer recordaba con más seguridad, quizá porque no correspondía a nada fijo, sino a una amplia dedicación de limpieza. La cocinera tenía su cocina, la plaza y la sisa. La niñera era, en ocasiones, un ser odioso, vengativo. Porque quien maltrataba a los niños, quien se vengaba en ellos era, por su especialización, la niñera. El ama de cría era una figura transitoria, que pasaba luego a ama seca, y era entonces cuando el niño o la niña encontraba el más decidido apoyo.

La mujer iba repasando un tiempo que ya no aparecería nunca otra vez, que no conocerían las gentes que vinieran después. Era como el final de una época, donde seguramente el progreso pudiera ser cierto. Y todo esto motivado por una mujer a la que solamente había visto durante dos horas, una mujer con la que solamente había hablado unos pocos minutos.

Hortensia, que quizá pudiera haberse llamado de veras multitud de nombres, no había vuelto. Había limpiado y fregado durante dos horas de una mañana. Había recibido sus treinta pesetas, y se había despedido hasta el día siguiente. Pero Hortensia no había vuelto. Y de pronto la mujer había intentado encontrar su niñez. No como algo presente, sino como



*un recuerdo perdido en el enorme cajón de una cómoda. No era posible de veras encontrarla, quizá porque necesitaba la presencia de Hortensia, como hace falta un rostro para recordar otro.*

3

*Se había acostado después de salir a la calle en el atardecer. Le gustaba pisar las aceras de la ciudad en el crepúsculo. Al bajar las escaleras entró un momento a saludar a la vecina del primer piso, pero se despidió rápidamente. Estaba de un humor de perros. La fecha de pagar la contribución sin recargo era dos días después, o quizá una semana, porque no pudo explicarse bien. Además el café del puchero ya no daba color ninguno al agua caliente.*

*Volvió a su piso, hizo una cena rápida, y después de lavar y secar los platos se fue a la cama. La radio traía sus músicas, sus anuncios, sus noticias. Apagó la luz, y se durmió.*

*Despertó con una sensación de pesadez en la cabeza. «Otra vez la circulación» —pensó—. «Otra vez la tensión». Tomó una ducha caliente y se encontró con que no tenía nada que hacer, porque apenas estaban sucias las habitaciones. Fue hacia una mesa y se puso a mirar una revista con fotografías de la guerra de 1914.*

*Cuando iba a levantarse del sillón, para cambiarse de ropa, el timbre de la puerta llamó por dos veces. La primera vez fue un sonido corto, la segunda vez se alargó. No sabía que hacer y después de pensarlo despacio se levantó y abrió la puerta. Tras el marco había un hombre, un hombre que ella no recordaba haber visto nunca. Iba vestido de negro.*

*—Buenos días, señora.*

*—Buenos días, ¿qué quería usted?*

*—Hablar un momento con usted.*

*Sintió un poco de miedo. Siempre había tenido curiosidad por la sección de crímenes. Quizá iba a matarla, pero resultaba un poco raro el que se vistiera de luto para matar a una mujer desconocida.*

*—Pase, por favor.*

*Entró el hombre, y ella se sentó en el mismo lugar en que había mirado las revistas de la guerra de 1914.*

*—Usted dirá.*

*Se notaba que el hombre estaba violento. Las manos estaban en el aire,*



no buscaban bolsillos en que guarecerse. Ni siquiera intentó sonreír, la suya era una seriedad que no molestaba.

—Usted dirá —repitió ella.

Estaba sentada. Y el hombre parecía tranquilo. No se mataba nunca a una mujer sentada. En los años que tenía, lectora de crímenes de todas clases, ella tenía la seguridad que no se mataba nunca a una mujer sentada. Las víctimas nunca estaban sentadas.

—Vengo por Hortensia —dijo el hombre.

—No está. Hace algunos días que no ha venido. La verdad es que sólo vino el primer día. Me pareció seria y digna de confianza, pero...

—Me habló de que tenía un nuevo trabajo, y me escribió su dirección en un papel...

—Pero no ha vuelto. He pensado que quizá no le interesara su trabajo...

—No, no es eso, señora.

—Está usted muy seguro.

—Sí. Era muy seria.

—Pero, bueno. Hortensia no ha vuelto, y eso no es ningún delito.

El hombre tardó un poco en responder a la afirmación, quizá porque no llegaba a entenderla.

—No, no es ningún delito.

La mujer se sentía irritada ante la pasividad de quien no llegaba a explicarse claramente.

—Hortensia no puede venir, y ya no podrá venir nunca. La atropelló un autobús, cuando volvía hacia nuestra casa. Salía de aquí, y estaba cruzando la calle. Murió en seguida, como si tuviera prisa.

—¿No irá usted a creer que yo tuve algo que ver con su muerte?

—No, no es eso.

La verdad era que la mujer no sabía que decir. Tampoco el hombre parecía muy seguro de sus palabras, y sin embargo se obstinaba en continuar.

—He venido a verla —dijo—, porque no quería que usted pensara que ella no quería volver aquí.

—No hacía falta. Yo no pensaba nada de eso.

El hombre se calló un instante, y se le notaba el esfuerzo que hacía para seguir hablando.

—Quizá usted había pensado mal de ella. La vida de una mujer está llena de hombres que pasan a su lado, y quizá usted pensara que ella po-



día ser así, que se había ido detrás de un hombre y no había cumplido su promesa de venir a su casa.

—No, ella parecía una mujer segura.

—Pero la ha matado un autobús. ¿Se da cuenta? Se muere violentamente, por celos, por odio, hasta por amor. Pero a Hortensia la ha matado un autobús. Por eso quería venir y hablar con usted.

No dijo nada más. Ni siquiera se despidió de la mujer. Se puso en pie y tomó la dirección de la puerta. Después de cerrarla tras él, la habitación estaba mucho más solitaria que nunca. ¡Pobre mujer! ¡Pobre Hortensia!

Estuvo quieta unos instantes, sin moverse, casi reteniendo la respiración. Luego se vistió rápidamente, bajó la escalera y fue a la agencia de colocaciones, a pedir que le enviaran una mujer para la limpieza, sólo para dos horas diarias. Iba por la calle pensando en que las cosas pasan sin saber por qué. En que la vecina del primero defendía unas propiedades que apenas le eran propias de veras. Pensaba en el marido de Hortensia queriendo aclarar una sospecha que no había cruzado por su imaginación. Pensaba en sí misma, en que el sol quemaba un poco más la fachada de los antiguos edificios, y en que los jardines tenían un verdor franco, lavado por la lluvia de la noche anterior.

De vuelta hacia su casa, mientras el atardecer navegaba en el cielo, sintió que tenía los ojos húmedos. Entró en un jardín, se sentó en un banco solitario y se puso a llorar. El llanto le hacía bien. Después se secó los ojos, se puso en pie, y se dirigió hacia la vida de siempre.

